

(AND IF YOU WANT
SOME FUN
TAKE
OB-LA-DI OB-LA-DA)



OB-LA-DI OB-LA-DA

'La la...
How the life goes on!'

Al despertarme esta mañana -otra vez con la resaca que me persigue desde hace varios días- lo primero que iluminó mi aturdida mente fue el fugaz recuerdo del sueño que me acarició la noche anterior: la Mother Mary mirándome directo a los ojos (furiosa por mi volátil conducta) me ordenaba una inapelable y sagrada misión que cumplir.

Me vestí de inmediato y evadiendo -con esa astucia que da la experiencia- un posible encuentro con la casera (a la que debo ya dos meses de pensión) gané la calle y me bañé con el esplendoroso sol del mediodía. Caminé ligeramente excitado hacia la avenida Castilla y tomé la primera *combi* que se apareció en mi camino. El chofer de este vehículo *cuasi* mortal parecía haber tenido también un sueño y una tarea que cumplir porque manejaba como si estuviera en un circuito de Fórmula Uno (pero muy peruano) y pasaba a los vehículos que lo precedían por los lados más inesperados - daba curvas imposibles - atravesaba el lado contrario de la pista por media cuadra ó más diciéndonos que así estaríamos ganando un poco más de tiempo (y díganme a quién le interesaría ganar tiempo de vida de esta manera si en la próxima esquina podríamos llegar adelantados al comienzo del tiempo eterno universal en la cuarta dimensión como diría el viejo Einstein?). Como sea estoy seguro que este diabólico vehículo sí envió a la paz sagrada y última a por lo menos tres canes (ó transeúntes?) que tuvieron la osadía de no percatarse de su demoleadora presencia.

Llegué entonces más rápido que apurado a la Plaza Constitución en el centro mismo de la ciudad de Huancayo y me metí de inmediato a la Catedral. En su interior se daba por terminada una misa de difuntos y parece que mi presencia no alegró precisamente a los deudos que se preguntaban entre ellos por mi extraña y perturbadora humanidad. Pero misiones sagradas son eso precisamente: sagradas. Así que procedí *ipso facto* a observar con detenimiento cada una de las imágenes que adornaban las alas laterales del templo: nada. Me acerqué lo más que pude al altar mayor empujando con un poco de rudeza a los deudos ya que estos -como buenos wankas- seguían inmutables é impertérritos frente a su cadáver exquisito: y tampoco nada.

Un poco desanimado caminé por la Calle Real (dicen los orgullosos habitantes de esta ciudad que es en realidad el antiguo Camino Inka: vaya Dios a saber!) y en ese trance es que me doy cuenta de pronto que estoy frente a la antigua capilla de la Orden Mercedaria y yo precisamente había terminado -a trompicones pero había terminado- mi educación escolar en el colegio que pertenecía a esta Orden religiosa. Buena señal! Como diría mi extrañado amigo Guillermo Gutiérrez.

Ingresé a la capilla - que se hallaba vacía- y proseguí con mi búsqueda y de pronto!... ahí estaba Ella: la buscada Santa Cecilia (patrona de la música) con sus mantos celeste y blanco y esa maravillosa arpa dorada en las manos. Miré a un lado y a otro: no había moros en la costa así que me subí al altar de la santa y de un tirón quise arrancar el anhelado instrumento musical de las albas manos de la imagen... pero el arpa salió con un pedazo de mano derecha: en fin. Con un fuerte golpe terminé de arrancar el arpa: esta vez con el íntegro de la mano izquierda. Guardé mi trofeo en mi querida mochila azul y a trancos largos comencé a ganar la calle. Pero en la puerta de entrada me tropecé con dos mamachas que me insultaron ofendidas por mi empujón (lo cual no me importó mucho en realidad ya que mi quechua no es precisamente el mejor y además estaba yo en sagrada misión). Y antes que el barullo que causaban me delatara tomé el primer taxi que vi y desaparecí de la vista de todos en menos de lo que canta un gallo. Emprendimos rumbo a El Tambo cruzando en un santiamén el viejo y descuidado puente Centenario y respiré aliviado.

El trayecto de regreso a mi cuarto fue otra pequeña odisea para mis nervios ya de por sí bastante maltratados y es que parece que a los choferes de esta ciudad les regalan sus brevets en las continuas tómbolas y sorteos que organizan los colegios cada fin de semana: casi nos chocamos con tres *combis* - creo que atropellamos otra vez a otros tantos cánidos y para poner la cereza al pastel: al pasar por la avenida Mariátegui una multitud de *jaladores* de transporte interprovincial casi nos suben con carro y todo a uno de los omnibuses y nos llevan rumbo a Lima -la capital- por tan sólo ocho Lucas (casi lo que me estaba costando el susodicho taxi).

Al llegar a casa me encerré de inmediato en mi cuarto con cerrojo y con tres pases audaces de *terokal* pegué el arpa dorada -con los restos de los delicados y perlados dedos y mano- en la pared que da a la cabecera de mi cama. Prendí mi *disc-man* (para no alertar de mi presencia a la casera) y escuchando a 'Rosita de Huaripampa' entoné un himno silencioso de gloria y luego musité una sentida oración dedicada a la Mother Mary agradeciéndole por volverme instrumento no de su paz pero sí de sus caprichos.

Al filo de la medianoche -y con casi una botella de litro de ron Cartavio Black en mi estómago- comencé a quedarme dormido mientras 'Los Pacharacos' se lucían en mis oídos con sus huaynos-huaylarshs-burlas y jodas... y comenzaban a parecerme -*Oh Mother Mary comes to me!*- lo más sereno profundo místico y espiritual //experiencia religiosa// que por esta noche al menos podría ofrecerme esta ciudad.

Amén.



EL SARGENTO PIMIENTA
(*Seudónimo*)